

## Ensayo

### LA ESENCIAL HETEROGENEIDAD DEL SER.

THE ESSENTIAL HETEROGENEITY OF BEING.

Gil Otaiza, Ricardo<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Academia de Mérida.

Correo-e de correspondencia: [rigilo99@gmail.com](mailto:rigilo99@gmail.com)

Recibido: 19-08-2020. Aceptado: 21-09-2020.

Religión y poesía tienden a realizar de una vez y para siempre esa posibilidad de ser que somos y que constituye nuestra manera propia de ser; ambas son tentativas por abrazar esa “otredad” que Machado llamaba la “esencial heterogeneidad del ser”. Paz (2012, p. 137)

#### RESUMEN

A propósito de la expresión “esencial heterogeneidad del ser”, del poeta Antonio Machado, citada por Octavio Paz, en el presente texto se analiza, desde el género ensayístico, lo prosaico y lo poético como esencialidades del Ser, su impronta en el derrotero humano, así como su incidencia en nuestras vidas al constituirse en parte y todo de un mismo destino planetario. Se elucida, además, en torno de la presencia de la poesía como portento en nuestras vidas, la complementariedad prosa/poesía, lo que significa educar poéticamente, así como el reencuentro con los caminos extraviados, que nos haga reconocer la necesidad de mirar lo andado, y la búsqueda de senderos que posibiliten una vida verdadera. Esperanza y desesperanza, felicidad e infelicidad se mecen en nosotros, y en su isócrono movimiento abren espacios de luz, pero también de sombras.

**Palabras clave:** COVID-19; Esencial heterogeneidad del ser; Vivir poéticamente; Ser o no ser.

#### Cómo citar este artículo

Gil, R. (2020). Relaciones internacionales y virtualidad. Ecuador en el marco de la pandemia mundial de la COVID-19: una mirada desde la psicología social. *GICOS*, 5(e2), 89-100



**ABSTRACT**

Regarding the expression “essential heterogeneity of being”, by the poet Antonio Machado, cited by Octavio Paz, in this text, the prosaic and the poetic as essentialities of Being are analyzed from the essay genre, their imprint on the human path, as well as its incidence in our lives by constituting part and all of the same planetary destiny. It is elucidated, in addition, around the presence of poetry as a portent in our lives, the prose/poetry complementarity, which means to educate poetically, as well as the reencounter with lost paths, which makes us recognize the need to look at what has been done, and the search for paths that make a true life possible. Hope and despair, happiness and unhappiness sway in us, and in their isochronous movement they open spaces of light, but also of shadows.

**Keywords:** COVID-19; Essential heterogeneity of being; Living poetically; Being or not being.

---

**INTRODUCCIÓN**

Como humanos somos una urdimbre de variables que conjunta muchas posibilidades y derroteros. En esencia somos múltiples y diversos. Desde el inicio de nuestra hominización, iniciada hace unos 6 millones de años (Morin y Kern, 2006, p. 34), y cuya prosecución no se ha completado aún, hemos dado suficientes muestras de nuestra capacidad para acometer la ingente tarea de transformación del planeta para hacerlo del tamaño de nuestros deseos, aunque en el ínterin hayamos cometido la infausta tarea de llevarlo hasta una crisis, que pudiera hacerse irreversible de no tomarse conciencia en el ahora. Desde el hombre de las cavernas, hasta nuestros días, hemos dado un enorme salto (cuantitativo, aunque esté en discusión el aspecto cualitativo) en la diversificación de nuestro espectro de acción, hasta el punto de alcanzar cimas tecnocientíficas jamás sospechadas. Pero ese “salto” no fue un azar, sino el despliegue de unas potencialidades conjugadas en el Ser, que le han permitido pasar de *Homo sapiens* a *Homo complexus*. De la racionalidad a la complejidad hay un trecho enorme, solo cerrado por una pluridimensionalidad que busca dar respuesta a las múltiples interrogantes filosóficas que la especie se ha hecho a lo largo de su devenir. Al ser motor de la historia y consustancial con su entorno, “El ser humano mortal, como cualquier viviente, lleva en sí la unidad bioquímica y la unidad genética de la vida” (*Ibid.*, p. 32). Ha sido tal su *hýbris*, que se mece en un equilibrio (que a veces no es tal) entre ser y no ser, lo que complejiza su actuación al extremo de convivir en él una ambivalencia propia de su naturaleza, que lleva en sí lo bipolar y antagónico como muestra de sus anhelos y de sus límites. Es el humano “*sapiens y demens* (racional y delirante), *faber y ludens* (trabajador y lúdico), *empiricus e imaginarium* (empírico e imaginador), *economicus y consumans* (económico y dilapidador), *prosaicus y poeticus* (prosaico y poético)” (Morin, 2000, p. 62). Nos movemos en una banda de extremos, muchas veces encontrados, lo que trae consigo el desconcierto propio y el de los otros. Tan es así, que entre la locura y la genialidad solo hay tonalidades, que a veces se funden para hacer de nosotros posesos de nuestro propio desvarío.

No obstante, la existencia suele atraparnos en sus poderosos tentáculos, y caemos abatidos por las tareas propias del vivir. Es decir, empleamos mucho tiempo en tratar de resolver las necesidades, lo básico (para muchos: la sobrevivencia), hasta hacer de nuestra cotidianidad algo mecánico, insulso y banal; sin luces y sin brillo. Lo prosaico se apodera de nuestra existencia. En el camino nos olvidamos de los claroscuros inherentes a esa ambivalencia de la que habláramos, dejándose de lado el otro extremo: lo poético. “Hay que tratar de vivir no solo para sobrevivir sino también para vivir. Vivir poéticamente, es vivir para vivir” (Morin y Kern, 2006, p. 204). No se trata acá de creer en la falsa ilusión de una existencia paradisíaca, libre

de los avatares propios del día a día, sino que emerjan esas complejidades que nos caracterizan, y nos movamos echando mano de la “esencial heterogeneidad del ser”, aludida por el poeta Machado, para hacer menos chato un trajinar que podría llevarnos a alcanzar altas cimas de realización personal y colectiva.

El planeta está en crisis y también lo está la sociedad. El COVID-19 nos replantea el Ser desde lo humano y lo filosófico y, es allí, en ese inmenso espacio (hiato) que se nos abre en medio de la aflicción, en donde podemos hacer de una portentosa amenaza, una clara fortaleza, que nos empuje hacia mejores y mayores derroteros humanos. Ahora bien, hay que decirlo: “sería vano, repitémoslo, soñar con un estado poético permanente que, por lo demás, se debilitaría por sí mismo o se volvería salvaje si fuera ininterrumpido. (...) Estamos consagrados a la complementariedad y a la alternancia poesía/prosa” (*Ibid.*, p. 203). Esa complementariedad y alternancia que se nos menciona, solo será posible si nos abrimos a la dimensión de seres complejos, cuya trama de encuentros y desencuentros, de verdades y mentiras, de alegrías y tristezas, de luces y de sombras, forma parte de nuestra más profunda esencia, ya que sin ella no hubiésemos llegado a este punto de la historia, ni podríamos seguir avanzando a pesar de las adversidades. Esa capacidad para mecernos entre la fortuna y el infortunio, y salir fortalecidos, es precisamente la clave para un “ahora” que se nos muestra descarnado e incierto.

Sin embargo, estamos conscientes de vivir un punto de inflexión en la historia de la humanidad. Los indicadores sociales, sanitarios, políticos, económicos, demográficos, de morbilidad y de mortalidad, de esperanza, de felicidad y de futuro, entre otros, lucen trastocados. Pareciera como si una inmensa sombra se cerniera sobre los casi 7.500 millones de seres que habitamos este pequeño planeta. Sin embargo, en donde la ciencia pierde sus coordenadas, la filosofía y la poesía recuperan sus territorios. Se intentará, desde estos promiscuos ángulos de convergencias y de divergencias (que forman parte y nutren al Ser), y con la portentosa herramienta del ensayo, una aproximación a las potencialidades de la humanidad de servirse de sus ambivalencias para salir fortalecida en medio de una noche oscura que vaticina terribilidades. Esa prosa y esa poesía, de las que echa mano el pensamiento complejo, más allá del símil y la metáfora, para acercarse a la comprensión del Ser, tal vez nos ayuden a vislumbrar nuevos horizontes.

¿Podrá lo prosaico y lo poético, como esencialidades del Ser, equilibrar los caminos extraviados de una humanidad perdida en medio de la nada? ¿Seremos capaces de vivir poéticamente a pesar de las adversidades? ¿Es la heterogeneidad del Ser y lo que ella comporta la posibilidad cierta de alcanzar un mundo mejor? ¿Es factible la esperanza y la felicidad en medio de una humanidad sufriente? Quizás no hallemos al final del camino las respuestas buscadas, pero es dado que otras interrogantes de orden filosófico nos permitan atisbar luces en medio de la noche, y tal vez emprender nuevos derroteros.

### **La poesía en nuestras vidas**

El desarrollo pleno de nuestras potencialidades humanas forma parte de la denominada salud. De hecho, hace muchos años ya su concepto dejó de referirse a “la ausencia de enfermedad”, para adentrarse en territorios más sutiles, como el espiritual y el social. Reza el concepto aceptado por la OMS: “Es un estado de total bienestar, corporal, espiritual y social y no solo la ausencia de enfermedad” (Boff, 2012, p. 121). No obstante, a pesar del más amplio espectro que concita tal definición, hay por lo menos tres grandes ausentes: lo psicológico, lo ecológico y lo planetario. Si bien el primero de ellos podría estar subsumido en lo “corporal”, sería una cuestión un tanto discutible, porque a la salud mental se la trata en capítulo aparte y

sus territorios, desconocidos aún por la ciencia, suscitan escuelas, convergencias y divergencias entre los especialistas. En cuanto a lo ecológico, no habría mayores dudas si agregamos que, como seres biológicos, estamos inmersos en un contexto en el que convivimos con los otros componentes de la biosfera, y si algo allí no funciona se trastoca el necesario equilibrio que permite una salud total. Con respecto a lo planetario, tocaría ciertas abstracciones no bien recibidas por todos, ya que correspondería partir del concepto de Tierra-Gaia, que nos habla “de un inmenso superorganismo vivo, al que J. E. Lovelock denomina Gaia, de acuerdo con la denominación clásica de la Tierra de nuestros antepasados griegos” (Boff, 2011, p. 30).  
Agrega el autor:

...hemos definido Gaia como una entidad compleja que comprende el suelo, los océanos, la atmósfera y la biosfera terrestre: el conjunto constituye un sistema cibernético auto-ajustado por realimentación que se encarga de mantener en el planeta un entorno física y químicamente óptimo para la vida. (*Ibíd.*)

Independientemente de los encuentros o desencuentros con las posturas intelectuales y académicas, en una cuestión estamos meridianamente de acuerdo: no habrá salud o bienestar humano si la psique está trastocada y si su mundo físico o su entorno luce un rostro enfermo y amenazante. La conjunción apropiada de todas estas variables, hace que el Ser disfrute de una plenitud que lo eleve a las más empinadas cimas de realización personal, familiar y social. En pocas palabras: lo poético del vivir. “La experiencia poética, como la religiosa es un salto mortal: un cambiar de naturaleza que es también un regresar a nuestra naturaleza original” (Paz, 2012, p. 137). Si nos atenemos a lo anteriormente citado, es nuestra naturaleza original el completo bienestar, traducido en la llamada poética del existir, que no es otra cosa sino la concreción y el disfrute de aquello que alguna vez impactara a la novelística de América Latina: lo real maravilloso. Veamos. “Se trata de una realidad que, no obstante ser tal, es también insólita, prodigiosa, pero que lo es como una condición intrínseca, que está en sí misma... (...) Lo *maravilloso* está en la realidad es intrínseco de ella” (Márquez, 2008, pp. 62-66). En este caso, lo que opera para el arte (la novelística de este lado del mundo), opera para la vida en cualquier contexto. Se busca una condición de bienestar en el Ser que sea la resultante de un estado de completa apertura a todo aquello que nos ofrece la vida. Es estar atentos a todo aquello que, por lo prosaico del día a día, escapa a nuestra atención y nos perdemos de su disfrute. Lo maravilloso es intrínseco de la vida, solo que a veces tenemos ojos (y el resto de los sentidos, qué dudas caben) atentos a los males y deficiencias, y no nos percatamos de lo que está allí, frente a nosotros, y que lo damos por hecho hasta que lo perdemos.

La esencial heterogeneidad del Ser esbozada por el poeta Machado (citado por Paz), nos hunde sin cortapisas en nuestras propias raíces, en nuestra esencialidad como humanos ganados a la pluridimensionalidad de la experiencia del vivir. Si bien, Paz nos habla de poesía como expresión del arte, lo hace también para significar estados elevados del Ser, que se alcanzan desde la espiritualidad y desde la poesía, por ser propiciadores, azuzadores de nuestra naturaleza original. No en vano el arte siempre ha sido catalogado como expresión de lo más sublime del hombre y de la mujer, y la poesía es en las letras la expresión acabada y honda de lo humanamente posible.

La experiencia poética es una revelación de nuestra condición original. Y esa revelación se resuelve siempre en una creación: la de nosotros mismos. La revelación no descubre algo externo, que estaba ahí, ajeno, sino que el acto de descubrir entraña la creación de lo que va a ser descubierto: nuestro propio ser. (Paz, 2012, p. 154)

Ahora bien, el vivir connota lo poético. El disfrute frente al mar, o ante un amanecer o un atardecer, la paz de un bosque, las risas de los juegos infantiles, el canto de las aves mañaneras y vespertinas, la dulce tranquilidad y la sabiduría de la ancianidad bien llevada, la escucha y el éxtasis con una pieza sinfónica, la observación de una obra pictórica o escultórica, la inaudita beatitud y el silencio de un templo, el remanso del isócrono correr de un río, la indefensión y la placidez del sueño de un recién nacido, la inocencia originaria de un animal, la belleza de una flor nacida para morir el mismo día, la magnificencia de la sierra nevada, el sabor y el color de una fruta fresca, la entrega y el placer en la lectura de una obra literaria, la alegría de la amistad, el abrazo amoroso a la pareja y a los hijos; todo, todo es poesía. Tan es así, que “hay poesía sin poemas; paisajes, personas y hechos suelen ser poéticos: son poesía sin ser poemas. (...) La poética es poesía en estado amorfo...” (*Ibid.*, p. 14).

Si la actividad poética es revolucionaria, ejercicio espiritual y un método de liberación interior, nos lo dice el propio Paz (2012, p. 13), el vivir bajo el precepto de una poética del existir, podría significar un cambio profundo en nuestra manera de enfrentar la vida y sus circunstancias, por muy duras que parezcan. Sería, en todo caso, un cambio de visión y de perspectiva, que nos lleve a ver más allá de lo aparente y podamos profundizar en el significado de las cosas y así dar un vuelco definitivo a nuestro devenir. Sin embargo, lo prosaico pronto se posiciona de nuestro pensamiento, como un contrapeso en las alas que nos permiten volar, lo que a menudo se traduce en excusas para el no hacer, para dejar detenida la misión, para echarnos a dormir mientras el sol brilla y llena de energía a toda forma de vida. En contraposición, la poética se erige en poder, en salvación, en llama ardiente que nos impele a mirarnos dentro y buscar en donde anidan los deseos y los sueños. Si la “poesía revela este mundo; (y) crea otro” (*Ibid.*), hallar en cada fragmento de la vida todo aquello que la erige en magia y en portento, podría significar para nosotros y para nuestro entorno, un regreso a nuestra humana condición y, con ella, el redescubrir lo maravilloso que hay en cada espacio, en cada rincón, en cada suceso que nos eleva a empinadas cimas de contento y de disfrute del existir.

La vida humana está tejida de prosa y poesía. La poesía no es solo una variedad literaria, es también un modo de vida en la participación, el amor, el fervor, la comunión, la exaltación, el rito, la fiesta, la embriaguez, la danza, el canto, que, efectivamente, transfiguran la vida prosaica hecha de tareas prácticas, utilitarias, técnicas. (Morin y Kern, 2006, p. 200)

Por supuesto, no estamos apostando por una vida entregada al éxtasis de los sentidos, o al desenfreno, a la irresponsabilidad o al desarraigo de las formas que hacen nuestra realidad (trabajo, compromiso personal, familiar y social, sentido de pertinencia, deberes culturales, etcétera), sino a un equilibrio (o búsqueda) que nos permita otear por encima de nuestras propias circunstancias, y redescubrir aquello que anida desde los inicios y a lo cual no accedemos por ceguera, o por miedo al cambio.

### **La complementariedad prosa/poesía**

En nuestro afán de supervivencia, a la que nos llevan cientos de circunstancias (muchas veces ajenas a nuestras acciones y deseos), nos volvemos maquinales, nos cosificamos, nos hacemos impermeables a lo que de verdad es el vivir, y caemos en la absurda trampa de una existencia gris, en la que abundan los adjetivos y escasean los sustantivos. Sin percatarnos

siquiera, nos hacemos prosaicos, completamente racionales, entregados como zombis a aquello que representa el trabajo, la responsabilidad y el deber, eclipsando lo que podría representar alegría, amor, disfrute, ocio, acción de los sentidos, por considerarlos marginales en nuestras vidas, o meros complementos, cuando en realidad son fundantes de nuestra naturaleza humana. Pronto caemos en la enfermedad y en la muerte.

Fernando Pessoa decía que en cada uno de nosotros hay dos seres, primero, el verdadero, es el de sus ilusiones, de sus sueños, que nace en la infancia, que prosigue toda la vida, y el segundo, el falso, es el de sus apariencias, de sus discursos y sus actos. Podríamos decir de otra forma: en nosotros coexisten dos seres, el de estado prosaico y el de estado poético, esos dos seres constituyen nuestro ser, son sus dos polaridades, necesarias una para la otra: si no hubiera prosa no habría poesía: el estado poético no se manifiesta como tal sino en relación con el estado prosaico. (...)

Los dos estados pueden oponerse, yuxtaponerse, o mezclarse. (*Ibid.*, p. 201)

Esos seres que nos habitan a menudo no se conocen, y nos empeñamos en evitar establecer vasos comunicantes entre ellos. Sin embargo, yacen en nosotros, pugnan por aflorar. La esencial heterogeneidad que nos constituye nos habla de ellos. Muchas veces ese otro “yo” no es el de la actividad cronometrada, el del “compromiso familiar”, el que siempre anda de carreras; es el niño que también nos habita y que lucha por no dejarnos. Cada uno de estos seres que nos poseen guarda su distancia, olvidándose uno y otro que se necesitan, que se complementan. “Encubierto por la vida profana o prosaica, nuestro ser de pronto recuerda su perdida identidad; y entonces aparece, emerge, ese “otro” que somos” (Paz, 2012, p. 137).

De pronto un suceso imprevisto, bueno o malo, nos interpela y nos recuerda nuestra esencial heterogeneidad, así como el hondo desencuentro de los seres que nos habitan. La pandemia del COVID-19, dada a comienzos del presente año, por ejemplo, ha sido un punto de inflexión en nuestras vidas. Sin percatarnos, lo inesperado tomó las riendas y nos sumergió en aguas profundas, para recordarnos que nuestra vida no era el vivir, y afloró muy pronto la ambivalencia, la complejidad que nos habita. El *sapiens* y el *demens* se encontraron cara a cara, el *faber* y el *ludens* llegaron a acuerdos de tiempo y de espacio, el *economicus* y el *consumans* se trastocaron y tuvieron que reinventarse para no sucumbir, y el *prosaico* y el *poeticus* se conjugaron para ver el lado oculto de la vida y, junto a los anteriores, se metamorfosearon en una suerte de *Homo complexus*, para tener que asumir que todos nos habitan, que nos mecemos en antagonismos, que somos seres que buscamos, anhelamos y necesitamos la complementariedad; que también es diversidad. Y es que a fin de cuentas todo en la vida es convergencia y divergencia, cóncavo y convexo, luz y sombra, día y noche, vida y muerte, y en bucles recursivos se realimentan para hacerse a sí mismos en cada ciclo y reconocer el Ser en su propia naturaleza cambiante. Si aceptamos, entonces, la complementariedad como fenómeno del existir, asumimos con ello que prosa y poesía se conjugan, se contienen, se fusionan, se amalgaman, se conjuntan.

El hombre de la racionalidad es también el de la afectividad, del mito y del delirio (*demens*). El hombre del trabajo es también el hombre del juego (*ludens*). El hombre empírico es también el hombre imaginario (*imaginarius*). El hombre de la economía es también el de la “consumación” (*consumans*). El hombre prosaico es también el de la poesía, es decir, del fervor, de la participación, del amor, del éxtasis. (Morin, 2000, p. 62)

Sin duda, en el hombre y la mujer se ha dado desde siempre la batalla entre todos los seres que los habitan, y la noción de lo prosaico y lo poético no es precisamente la excepción. Esa lucha está representada por el hecho antagónico que los separa, y a su vez, por la necesaria complementariedad que los une. En todo caso, esa dialógica que se establece entre ambas categorías permite explicar, con precisión, los saltos y las manifestaciones que representan en la vida de todos. La dialógica “Une dos principios o nociones que deberían excluirse entre sí pero que son indisociables en una misma realidad. (...) Lo dialógico permite asumir racionalmente la inseparabilidad de nociones contradictorias para concebir un mismo hecho complejo” (Morin, 2002, pp. 100-101).

Este sexto principio del pensamiento complejo ilustra la “extraña” convivencia que se da entre los antagonismos que nos habitan, y el porqué de esas mil caras que nos conforman. Lo racional no queda exento de lo poético, y viceversa, porque el ser humano es uno y múltiple a la vez. Quizás esto narre también nuestras usuales ambivalencias, nuestras diatribas personales que se dan desde nuestra voz interior. Somos *logos* (razón), *eros* (pasión), *pathos* (afectividad y sensibilidad) y *daimon* (voz interior y conciencia) al mismo tiempo. Todo nos conjuga, nos articula sin que seamos conscientes de esto. El ser humano es capaz de dar el salto, en centésimas de segundo, de una razón bien articulada a un desvarío, que muchas veces nos sorprende a nosotros mismos; o de defender con frialdad un supuesto, a pasar a erigirse en el líder de esa misma causa con toda la energía y la pasión; o de ser indiferente a un suceso, a una realidad, o a otra persona, a sensibilizarse por ella; de ser completamente irreflexivo, a pasar a ser un hombre o una mujer conscientes. Y también lo contrario. Ese magma que nos constituye, que bulle como lava ardiente, es parte de nuestro “encanto” y también de nuestra perdición. No en vano: “Somos también afectividad y deseo (*eros*), pasión, conmoción, comunicación y atención a la voz de la naturaleza que habla en nosotros. Esta voz resuena en nuestra interioridad y pide ser escuchada y atendida (presencia del *daimon* en nosotros)” (Boff, 2008, p. 143). No nos extrañe, pues, ese repensar la humanidad y el planeta que se ha suscitado en las últimas décadas, y que nos impele a la acción frente al caos civilizatorio y ecológico que vivimos.

Somos presas de profundos antagonismos que hacen de nosotros un verdadero caos de emociones encontradas. Y por eso llegamos a este punto de la historia de la humanidad. Los seres que nos habitan en un mismo “yo” explican la grandeza de lo alcanzado por el hombre y la mujer, pero también de su crueldad y perversión sin límites. Poesía y sangre en un mismo receptáculo. *Eros* y *Tánatos* en cruenta lucha. Dos pulsiones que lo explican todo desde el mito, pero también desde la ciencia y la realidad.

### **Educación poéticamente**

Nos educan para ganar la vida, para luchar en medio de sus tormentosas aguas, pero no para vivirla. Familia y escuela enfatizan en los deberes, en la sociedad, en la noción de país y de patria, pero no en la vida a plenitud ni en el uso de todas nuestras potencialidades. La educación es parcelada, fragmentaria y difusa, por lo que no conjunta saberes ni busca ver al ser humano desde su completitud en el entorno social y planetario. Los saberes son compartimentados, no-articulados, no-interconectados, lo que hace que fragmentemos artificialmente la realidad creyendo que lo estudiado y diseccionado la refleja. Dentro de toda su parafernalia (grados, programas, planificaciones, institutos, burocracia, maestros, profesores, aulas, laboratorios, etcétera) la educación atomiza y disjunta todo aquello que en la realidad física está perfectamente concatenado. Se parte del principio “pedagógico” de la segmentación del conocimiento, para que pueda ser “asimilado” por

los alumnos, olvidándose de manera arbitraria y engañosa que el todo es más que la suma de las partes (y a veces menos). La complejidad del existir nos lleva a asumir que la fragmentación, *per se*, es inadecuada si no se articulan esas partes, de tal forma que produzcan la necesaria sinergia. La comprensión de los fenómenos como la “parte” y el “todo”, que son en la realidad y en la vida, es determinante a la hora de llevarlos al aula de clase o al laboratorio, porque “la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico” (Morin, 2003, p. 32). Lamentablemente, hemos sido formados bajo el paradigma de la simplicidad (disyunción, reducción y abstracción), y así vemos el mundo. “La simplicidad ve a lo uno y ve a lo múltiple, pero no puede ver que lo Uno puede, al mismo tiempo, ser Múltiple” (*Ibid.*, p. 89). El cartesianismo de nuestra formación y de nuestra educación hace que nuestra inteligencia sea ciega, al producir una “visión mutilante y unidimensional” (*Ibid.*, p.31) de todo cuanto nos rodea.

La inteligencia ciega destruye los conjuntos y las totalidades, aísla todos sus objetos de sus ambientes. No puede concebir el lazo inseparable entre el observador y la cosa observada. Las realidades clave son desintegradas. Pasan entre los hiatos que separan a las disciplinas. (...) Mientras los medios producen la cretinización vulgar, la Universidad produce la cretinización de alto nivel. La metodología dominante produce oscurantismo porque no hay más asociación entre los elementos disjuntos del saber y, por lo tanto, tampoco posibilidad de engranarlos y de reflexionar sobre ellos. (*Ibid.*, pp. 30-31)

Hemos de transigir que en este paradigma simplificador o cartesiano se dieron los grandes adelantos de la ciencia y de la técnica de los últimos siglos, pero a la larga trajo como consecuencia un desarrollo que desoyó las voces del alma humana y de las entrañas de la Tierra, y cuyo colofón es el deterioro de lo humano y la desertificación del planeta. El desarrollo dado, en aras del progreso, desarticuló la totalidad y conjuntó lo diverso. En su terca aplicación del principio reduccionista, “restringió lo complejo a lo simple” (Morin, 2000, p. 46). En tal sentido, todo el sistema educativo derivado de la modernidad, antepuso lo cuantitativo por sobre lo cualitativo, lo que motiva una ignorancia supina de la poética del existir. Si los fenómenos no pueden ser explicados desde el método, sencillamente no son relevantes, lo que suprime “lo humano de lo humano, es decir las pasiones, emociones, dolores y alegrías. (...) Como nuestra educación nos ha enseñado a separar, a compartimentar, aislar y no a ligar los conocimientos, el conjunto de estos constituye un rompecabezas ininteligible” (*Ibid.*). Quienes enseñamos y quienes aprendemos, y toda la humanidad en general, anhelamos que la poética del vivir siga presente en cada uno de nosotros, que el conocimiento no vaya en contrasentido con la dinámica de la realidad física que nos envuelve, sino que sea herramienta clave para su develamiento y comprensión. Por lo tanto, “Queremos sentir la Tierra de “primera mano”: sentir la brisa en la piel, sumergirnos en las frescas aguas de la montaña, penetrar en la selva virgen y percibir las distintas manifestaciones de la biodiversidad” (Morin, 2008, p. 142).

Aspiramos a que nuestra visión del mundo de relaciones y del plano físico traiga consigo el goce pleno, y que eche a andar los antagonismos y las complementariedades que nos constituyen desde el inicio de los tiempos, y que todo esté en correspondencia con la esencial heterogeneidad que nos hace únicos y diversos. Que la educación que entregamos y la que recibimos desvele la ceguera epistémica (fenoménica), pero que no sea jamás su fatal propiciadora. Que la misma no anule nunca “el conocimiento simbólico, mítico, mágico o poético” (Morin, 2000, p. 63), sino que busque indagar con sabiduría en

donde anida la naturaleza de lo humano. Que permita a la multiplicidad de seres que nos habitan, y que están en permanente lucha por su supremacía, poner siempre de manifiesto nuestra extraordinaria capacidad para avanzar a pesar de los fracasos, de amar a pesar de los desengaños, de soñar y de ser felices a pesar de las tragedias. Que la educación manifieste en nosotros la vida, y nos articule en ella.

### **Al reencuentro con los caminos extraviados**

Como humanidad perdimos el rumbo. La modernidad nos ofreció castillos de arena y aquí estamos en medio de un mundo sufriente, que a decir de algunos: agoniza. Es urgente la reflexión y la acción en torno de lo que aspiramos como personas y como sociedad, e ir al reencuentro con los caminos extraviados. El desarrollo y su ingente progreso nos dieron en algún momento la placentera sensación de ir hacia una vida idílica, en la que todo era posible, sin embargo, hubo de pasar mucho tiempo para caer en el desengaño. El 2020 nos recibió con la traumática experiencia de una aterradora pandemia, que ha removido los cimientos, no solo civilizatorios, sino también planetarios. La arrogancia de los poderosos de la Tierra soslayó de entrada los inmensos riesgos a los que nos enfrentábamos, temerosos de perder sus espacios de poder y de supremacía, y más temprano que tarde la realidad los sobrepasó: millones de contagiados y cientos de miles de fallecidos en todos los continentes, y el flagelo continúa.

La esencial heterogeneidad del Ser nos impele en estos difíciles momentos a reinventarnos, a sacar de lo más profundo de nosotros lo que nos constituye y que siempre ha estado allí. “El ser humano es fundamentalmente cuerpo. Un cuerpo vivo y no un cadáver, una realidad bio-psico-energético-cultural, dotada de un sistema perceptivo, cognitivo, afectivo, valorativo, informacional y espiritual” (Boff, 2012, p. 93). Es decir, estamos en la posibilidad cierta de levantarnos sobre la realidad, por muy dura que parezca, y echar a andar nuestro mundo de relaciones y prepararnos desde ya para el día después. No sabemos si como humanidad aprenderemos las lecciones recibidas (sobre todo, los que se arrogan ser los dueños y señores de los países y de las riquezas del mundo), pero de lo que sí estamos seguros es que, como personas, y quizá como sociedad, no seremos las mismas de antes. El confinamiento ha sido un paréntesis doloroso, sin duda, y muchas familias han entrado en duelo por la pérdida de seres queridos, pero está aún latente nuestra innata capacidad de ponernos de pie luego de la adversidad y reconstruir desde las cenizas.

Los caminos extraviados de la poética del vivir deberán ser retomados, y no precisamente para hundirnos en la fantasía, como quien ve una hermosa película y se pierde en sus meandros para luego de dos horas retornar a la crudeza del momento, sino para el disfrute pleno de todo aquello que como seres necesitamos reconocer en el ahora (a lo interno y con el mundo de relaciones), y así equilibrar las realidades que nos agobian. Es nuestra potestad el vivir poéticamente a pesar del infortunio. Por otra parte, la muchedumbre que nos habita y que hace de nosotros seres antagónicos y complementarios, nos empuja a reconocer en los demás a un prójimo: que nos necesita, que requiere de nuestra ayuda, que busca en nosotros una imagen especular en la que se reconozca como humano. Hemos de tener presente que somos parte y todo a la vez de una sociedad global que, pese a las diferencias de orden cultural, religioso, educativo y genético que nos distancian, y muchas veces nos enfrentan, todos somos personas con historias personales y realidades a cuestas.

No basta con ser racionales y religiosos. Más que cualquier otra cosa hemos de despertar nuestra sensibilidad

hacia los demás, hemos de mostrarnos cooperativos en nuestras actividades, respetuosos con los demás seres de la naturaleza. En una palabra: hemos de ser auténticamente espirituales. (Hathaway y Boff, 2014, pp. 383-384)

La poética del vivir no es un algo ensimismado, solitario, egoísta, como quien se encierra en su burbuja personal de felicidad y se olvida de todo. Somos humanos en la medida en que nos reconocemos en medio del mundo. La poética del vivir no es un acto de fe (por lo tanto, no es un dogma), ni siquiera es un acto de introspección o de especulación de carácter filosófico; es reconocernos, sí, en nuestra esencial heterogeneidad y, por lo tanto, reconocer a los otros y al mundo, y para ello se requiere de una apertura que nos permita el reencuentro con los caminos extraviados (de lo físico y lo espiritual), y hacernos parte y todo en una simbiosis permanente y profunda. Es el reencuentro con la “otredad”; con aquello que subyace en nosotros (razón, pasión, amor, comunión, belleza, juego, inocencia, deslumbramiento de los sentidos, etcétera). Es abrir la “posibilidad de ser que entraña todo nacer; recrea al hombre y lo hace asumir su condición verdadera, que no es la disyuntiva: vida o muerte, sino una totalidad...” (Paz, 2012, p. 156). Es vivir realmente, en el presente y en el ahora, sin el desasosiego de la espada del pasado y del futuro sobre nuestras cabezas. Es, en definitiva, sabernos vivos, y vivir de verdad.

## **REFLEXIONES FINALES**

El punto de inflexión que vivimos en la actualidad es un espacio propicio para la reflexión, que nos impele a voltear la mirada hacia lo andado en las últimas décadas. En realidad, nadie sabía lo que nos llegaría en el 2020, de la mano de una desoladora pandemia, pero sí intuíamos que estábamos mal y que a nada bueno nos conduciría un mundo fuera de toda lógica como el nuestro. No faltaron las voces que desde hace años alertaban frente a los cambios introducidos por un desarrollo globalizado en todas sus aristas, pero nadie se percató de ello. El mundo en el que vivimos no es como lo predijeron intelectuales como George Orwell o Max Weber, quienes pensaron en una sociedad con estabilidad y predictibilidad, sino que “En lugar de estar cada vez más bajo nuestro control, parece fuera de él –un mundo desbocado. (...) Ciencia y tecnología están inevitablemente implicadas en nuestros intentos por contrarrestar tales riesgos, pero han contribuido, y, en primer lugar, a crearlos” (Giddens, 2000, pp. 14-15).

Diversas hipótesis se han tejido en torno del origen del COVID-19, y nadie tiene aún la certeza absoluta, pero lo que sí parece claro es que en sus orígenes hay desidia, irresponsabilidad, manipulación y deseos de dominio de parte de las naciones poderosas y emergentes del planeta, por sobre el resto del mundo. Hemos pagado muy caro los inmensos riesgos del desarrollo, de la explotación desmedida de los recursos naturales, de la explotación de sociedades enteras, de la destrucción de la biodiversidad, en pos de un progreso que con la llegada de la globalización se prometió a todos los confines del planeta, pero los abismos entre ricos y pobres cada día son mayores. En el ínterin perdimos el norte, nos olvidamos de la esencia que nos constituye, y fuimos tras una quimera desarrollista que nos ha dado confort, es cierto, pero a costa de mucha pérdida y dolor. La encrucijada que vivimos nos obliga a repensar nuestro derrotero humano, a mirarnos hacia adentro y constatar que la respuesta está precisamente en reconocernos únicos y múltiples, en seres con una heterogeneidad que nos habita desde el inicio de los tiempos, y que nos impulsa a descartar todo aquello que vaya en detrimento de la poética del vivir y su poder salvador.

Reconocer que vivimos en sociedad y en un mundo físico rico en posibilidades y en vida, es aceptarnos como parte y todo de

una misma realidad planetaria, que interactúa con nosotros y nos realimenta de manera constante. Abrirnos a la poética del vivir es despertar de un profundo letargo, y ver más allá de una cotidianidad que se hace prosaica en la medida que perdemos contacto con nuestro propio ser; con esa “otredad” que pugna por hacer de nosotros un sueño realizado.

Ser o no ser es un auténtico dilema existencial, nos lo recuerda un clásico de la literatura universal en la voz del Hamlet de Shakespeare, pero lo relevante no es tan solo planteárnoslo desde lo ontológico y literario, y admirar su profundidad, belleza y dramatismo, sino echar a andar todo aquello que haga posible dar el salto de la abstracción (reduccionista como es), a la realidad (diversa y múltiple). Esperanza y desesperanza, felicidad e infelicidad se mecen en nosotros, y en su isócrono movimiento abren espacios de luz, pero también de sombras.

## EPÍLOGO

Termino de escribir este ensayo una mañana fría y de lluvia, cuando las fuerzas desbocadas del universo parecen llevarse todo por delante. Reviso el texto y me aseguro que la variable “poética del vivir” haya cerrado su ciclo dentro del mismo. De pronto, una suave fragancia, que es conocida para mí, me lleva hasta al jardín, y constato con emoción (casi al borde del llanto), que en la maceta florece la primera orquídea del año. Regreso al texto, y a la variable poética del vivir, y me digo con alegría: ¡Palabra cierta!

## REFERENCIAS

- Boff, L. (2011). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid: Editorial Trotta.
- Boff, L. (2008). *La opción-Tierra. La solución para la Tierra no cae del cielo*. Basauri (Vizcaya): Sal Terrae.
- Boff, L. (2012). *El cuidado necesario*. Madrid: Editorial Trotta.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Hathaway, M. y Boff, L. (2014). *El Tao de la liberación. Una ecología de la transformación*. Madrid: Editorial Trotta.
- Márquez, A. (2008). *Teoría y práctica del barroco y lo Real Maravilloso*. Caracas: Taurus.
- Morin, E. (2000). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Caracas: UNESCO, IESALC, Ediciones FACES/UCV, CIPOST.
- Morin, E. (2002). *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Repensar el pensamiento. Bases para una reforma educativa*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Morin, E. (2003). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Morin, E. (2006). *El Método 5. La humanidad de la humanidad*. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. y Kern, A. (2006). *Tierra-Patria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Paz, O. (2012). *El arco y la lira*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

**Autor**

**Ricardo Gil Otaiza**

Académico y escritor. Farmacéutico, doctor en Educación mención Andragogía y doctor en Ciencias de la Educación, con postdoctorado en Gerencia en las Organizaciones. Profesor Titular (J) de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la Universidad de Los Andes. Ex decano (2002-2005). Ex presidente de la Academia de Mérida (2016-2017 y 2018-2019). Autor de 35 libros en distintos géneros y decenas de artículos en revistas científicas. Biógrafo, crítico literario, ensayista, narrador, poeta, editor, conferencista y columnista del diario *El Universal*. Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua.

Correo-e: [rigilo99@gmail.com](mailto:rigilo99@gmail.com)

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-0638-4012>

**Dedicatoria del autor**

*A mi esposa y a mis hijas*